

La Lectura Popular

PUBLICACION QUINCENAL DEDICADA A LAS CLASES TRABAJADORAS.

LECTURAS POPULARES

COLECCION DE LOS ARTICULOS ORIGINALES DE «LA LECTURA POPULAR»

Van publicados dos tomos que se venden al precio de una peseta cada uno de ellos francos de porte en toda España. Al que tome **doce** ejemplares se le regalarán **dos**, y al que tome **ciento** se le regalarán **veinte**.

Dirigirse al editor, **D. José del Ojo y Gómez**, calle de San Bernardino, 10, segundo, derecha. **Madrid**; acompañando al pedido con su importe.

SECCION RECREATIVA.

LA HUMANIDAD

DEL MARQUÉS.

El señor Marqués era un hombre tan bondadoso que me tenía encantado.

Cuando yo iba á Madrid paraba en su casa, y si bien es verdad que en cambio le administraba gratis sus fincas de Villafrita y tomaba setenta berrinches por año para cobrarle sus rentas y aun le ayudaba á salir diputado por el distrito; no obstante, yo creo piadosamente que el señor Marques me trataba con tanto cariño por que era muy bondadoso, y sobre todo, muy humanitario.

¡Caracoles! si era humanitario el señor Marqués! como que siempre tenía la humanidad en la boca.

—¡El progreso de la humanidad!—decía á cada paso,—¡el bienestar de la humanidad! ¡la redencion de la humanidad! Es preciso hacer mucho por la humanidad!

Y en efecto, el señor Marqués hacía lo que podía por ella, formando parte de una porcion de asociaciones *filantrópicas* y *protectoras*, dando bailes de máscaras de caridad y carreras de caballos de beneficencia, en todo lo cual gastaba tanto dinero, que el pobre señor tenía que subir cada año la renta á sus arrendatarios con harto sentimiento de su nobilísimo corazón.

—No me gusta ese Marqués,—me dijo un dia el tio Bartolo el sacristan que era un hombre muy listo y gastaba unos espejuelos hasta media cara.—No me gusta ese Marqués.

—¿Por qué?

—Porque hace mucho por la humani-

dad y poco por los hombres. Sospecho que ha de ser mason.

—¿Y qué es eso de mason?

—Hombre, no es facil que te lo explique yo ahora; pero haz cuenta que eso de mason es así como hombre que gasta rabo y tiene parte con el diablo.

—¡Jesús Maríal tio Bartolo.

—Lo que tú oyes.

No acababa aun de decir esto el viejo sacristan, cuando, tras, tras, tocan á la puerta, abro y ¿quién dirán ustedes que entra? El mismísimo Marqués en persona, cargado de mantas de viage, paraguas, bastones, gafas ahumadas, guantes amarillos y un criado detrás con una maleta.

Acababa de llegar de Madrid con objeto de embargar las cosechas á unos labradores que se habían atrasado un mes en pagarle, y venía á saludarme con su amabilidad acostumbrada.

—¡Tio Matraca!—exclamó haciendo ademán de echarme los brazos al cuello.

Al verle di un paso atras, y la verdad, como el tio Bartolo acababa de decirme aquello del diablo, casi estuve á punto de sacar el rosario; pero no tuve valor, y sufrí el abrazo, no sin taparme las narices mientras me lo daba para no sentir el fuerte olor á pajueta quemada que me pareció despedía el recién llegado.

—Señor Marqués,—dije al fin sin poder contenerme más.—Antes de hablar de otra cosa me vá usted á permitir que le haga una preguntita, y usted perdone.

—Haga usted las que quiera, amigo Matraca.

—¿Es usted máson?

El Marqués se quedó parado al pronto, y me miró de una manera singular; como mira el hombre que trata de medir á otro por la parte de adentro.

—¿Por qué dice usted eso?—me preguntó entre serio y sonriendo.

—Dispense usted, señor Marqués, pero es que me acaba de decir un amigo que los masones son unos hombre que tienen parte con el diablo, y francamente...

Una estrepitosa carcajada, de esas con que los listos desvanecen las sospechas de los tontos, dió al traste con todas mis prevenciones y hasta me abrió de par en par las puertas de la tranquilidad. El Marqués me echó el brazo por el hombro, y despues de reir de lo lindo de mi ocu-

rrencia, entramos en la habitacion proxima; y mientras se sacudía el polvo del camino, que á mí me había parecido flor de azufre, empezó á hacerme una pintura tan hermosa y á darme una idea tan magnífica de lo que era la fracmasonería, que me dejó, no solo con la boca abierta, sino con el corazón lleno de entusiasmo.

—Jesús, señor Marqués! ¿Con que tan hermosa es la masonería?

—No se lo puede usted imaginar. Es la única protectora de la *humanidad*; es la llamada á establecer en el mundo el reinado de *fraternidad*; es la que muy pronto ha de convertir á todos los hombres en hermanos, haciendo que se estrechen para siempre los dulcísimos lazos del *amor universal*.

Al oír aquello del amor universal fué tanto lo que me impresioné, que sintiendo se me abrían las cuatro fuentes de la ternura, que en mí suelen ser muy abundantes, tuve que sacar á escape el pañuelo y recoger en él los productos de la emociion.

Entonces el Marques, dándome un fuerte apretón de manos, acabó de explicarme al detalle todas las bellezas de la masonería, y quedamos en que en mi primer viaje á Madrid tendría el gusto de llamarle *hermano* y vestir una especie de mandil á modo del que usan los zapateros, que segun dijo, era el hábito que gastaba la familia.

Cuando salimos de la entrevista para ir al juzgado á reventar á los arrendatarios, iba yo tan contento que saltaba de gozo deseando que llegase ya la primera ocasion de tomar el camino de la corte.

No habían trascurrido ocho dias, cuando la ocasion se presentó. El Marqués se había marchado despues de celebrar los juicios con sus deudores; y habiéndome encargado que procediese yo enseguida á la venta de todas las cosechas, bestias, ropas y muebles embargados, lo hice con tanta eficacia que dejé á la gente con una mano delante y otra detrás.

—Si supiérais,—les dije para consolarlos,—lo bueno que es el Marqués y en lo que va á emplear este dinero, no os dolería. Es un señor muy humanitario.

Al oír esto uno de los ejecutados estu-

vo á punto de pegarme un palo; pero no le hice caso.

Entonces, siendo necesario que alguno llevase á Madrid el dinero recogido, tomé yo el saco, y, subiendo en el ferro-carril, me dirigí á la corte, soñando con las hermosas doctrinas del *amor universal*.

Cuando llegué parecía que me estaban esperando.

Había anunciado que iba con los fondos, y fuí recibido en seguida sin ninguna clase de cumplimientos.

Yo estaba encantado de tanta franqueza.

El Marqués no se hallaba en casa. Se había marchado al teatro de Lara, segun me dijo su señora que fué la que se encargó de recibirme y tomar los cuartos.

La Marquesa era una señora muy amable, y, en seguida que guardó el dinero, se puso á enseñarme toda la casa.

—Mire usted, me decía, este es el gabinete de estudio de mi hijo Pepe; esta es la salita de armas; esta la salita de juego; esta la salita de música; esta la salita de baile, y esta la salita de...

—Dígame usted, señora; ¿y aquel rincón rodeado de butacas y con aquel aparato cogido á la pared es el altar donde rezan ustedes el rosario?

—No, señor; aquel es el teléfono.

—¿El telé... qué?

—El teléfono, hombre, el teléfono: ¿qué no sabe usted lo que es el teléfono?

—Señora, usted perdone; como allá en el pueblo vive uno tan atrasado.

—¡Caramba! si que es lástima, señor de Matra, que una persona de ingenio como usted viva tan retirado y tan ageno á los adelantos del mundo, que cada dia se multiplican con más rapidez.

—Con que tanto se adelanta, señora Marquesa.

—No puede usted imaginárselo. Mire usted, este aparato que usted ve y que, como decía á usted, se llama teléfono, sirve para oír en un instante lo que se habla en cualquier parte por lejos que esté.

—¡Ave María Purísima!

—Lo que usted oye. Es una especie de telégrafo que á las señoras nos viene admirablemente, porque sin salir de nuestra casa nos pone al tanto de lo que pasa en todas las demás.

—Es decir, que sirve para averiguar todo lo que no nos importa.

—¡Hombre, no tanto!

—Entiendame usted, señora: no se explicarme, quiero decir que... vamos... que sirve para...

—Para todo, sí, señor, para todo. Porque además de prestar grandes servicios al comercio, á la administracion, á la

policía etc., puede cualquiera sin moverse de su habitacion oír, por ejemplo, la orquesta del teatro real, los discursos del congreso y, si me pongo, hasta los sermones que se predicán en la iglesia.

—¡Caracoles! que cosa tan grande. Daría cualquier cosa por oír ahora mismo el sermón de ánimas que estará predicando en este momento el cura de mi pueblo.

—Hombre, eso no puede ser, porque allí no hay estacion. Pero para que no se vaya usted de Madrid sin disfrutar del descubrimiento, llamaremos á casa de cualquier amigo para que nos hable un rato.

—Pero, señora, va usted á molestar á sus amigos para que me den conversacion.

—Eso no es molestia,—exclamó la Marquesa tomando un elegante registro encuadernado en piel de Rusia donde estaban impresos los nombres y señas de todas las casas que tenían estacion telefónica.

—Pero no,—exclamó de repente variando de idea:—mejor será que le ponga á usted en comunicacion con el teatro de Lara. Esta noche hay una bonita funcion; trabaja Zamacois y pasará usted un buen rato.

—Pero señora.

—Nada; va usted á oír cosas graciosas por el teléfono.

Y quieras que no quieras, la amabilísima de la Marquesa, tomando una especie de trompeta de sordos que colgaba de la pared, me la aplicó al oído, y tomando ella otra y poniéndosela en la boca tocó un timbre y dijo en voz no muy alta:—Ponga usted al número tantos en comunicacion con el teatro de Lara.

Instantáneamente sentí en el oído un rumor como el de un aguacero.

—Vamos,—dije para mí,—será que representan alguna comedia que empezará por tempestad. Esperaremos que se calme.

—¿Oye usted ya algo?—preguntó la Marquesa.

—Señora, perfectamente.

—Entonces con el permiso de usted voy adentro, mientras usted se distrae un ratito.—Y saliendo del gabinete me dejó allí muy tranquilo oyendo llover.

Pasó un minuto, y pasaron dos, y pasaron cinco, y diez, y la lluvia no cesaba.

—Esto pica en historia,—dije dándole dos ó tres soplos á la trompeta por si estaba *embosada*.—Vaya algo que en la central se han equivocado y me han puesto en comunicacion con algun establecimiento de baños. Llamaré otra vez y será mejor.

Y, en efecto, tomé el registro, miré los números y volví á dar la orden.

Instantáneamente cambió la escena, cesó la lluvia y oí una confusa gritería.

—¡Magnífico!—exclamé entusiasmado.—Ya estamos en el teatro;—y apliqué ansiosamente el oído.

—«Señores,—dijo una vocecilla lejana que parecía salir de una tinaja.—No aplaudid, guardad vuestros aplausos para la hora del triunfo.

—Ese será el *Zamacoquis*,—pensé yo, queriendo recordar el nombre que me había dicho la Marquesa.

La vocecilla continuó de este modo.

—Hemos hablado ya de varios puntos, pero aun quedan otros que tratar. Prestadme atencion:

Yo apliqué el oído,

—Hace mucho tiempo, señores,—dijo la voz,—que combatimos al catolicismo; nuestros esfuerzos han sido muy grandes, pero, francamente, como hasta ahora el fruto no estaba en sazón, no se ha podido coronar la obra. Sin embargo, digo lo que decía nuestro hermano Voltaire: ha llegado la hora de aplastar al infame, y es preciso aplastarlo. Caballeros, fuera disfraces y ataques ya de frente. Guerra á la religion, guerra á Dios, guerra á Jesucristo.

—¡Ave María Purísima!—exclamé haciéndome veintidos cruces,—¿Qué oigo? ¿A que se han equivocado de nuevo en la central y me han puesto esta vez en comunicacion con el infierno?

La voz continuó.

—He aquí los consejos que, segun la última circular de Italia, habrán de ponerse en práctica desde este dia para realizar la gran obra de la *humanidad*.

—¡La humanidad! repetí yo sintiendo despertármese en el acto una terrible sospecha; ¿será posible que?...

La voz continuó.

«Primero y ante todo es preciso desacreditar al clero, y sobre todo á las órdenes religiosas, que con sus virtudes nos hacen terrible guerra; es necesario hablar mal de los curas en todos los periódicos, burlarse de ellos, ponerlos en caricaturas, escribir comedias en que salgan á rodar envueltos en crímenes; en una palabra, es preciso hacer que la gente los odie, y para eso no hay nada como la prensa, la tribuna y el libro.»

«En segundo lugar, y en cuanto á la instruccion de los niños, ya sabéis nuestras ideas: hay que combatir la enseñanza del catecismo y fundar escuelas laicas, donde para nada se nombre á Dios, y donde se enseñen ideas libres que halaguen á los sentidos.»

«En tercer lugar es preciso continuar predicando al pueblo ideas de libertad y de igualdad, para que ya no se sujete á autoridad ninguna y arda en deseos de hacerse rico, y rompa de una vez con todas sus creencias religiosas.»

«En cuarto lugar es preciso combatir á la Iglesia con todas esas doctrinas suyas que tanto sujetan las pasiones de los hombres; combatir el matrimonio, predicando el amor libre; combatir el bautismo, predicando la inscripción civil; trabajar para que los hombres mueran sin Sacramentos; y despues de muertos hacer que se los entierre civilmente, ó bien hacer que se quemen sus cadáveres para borrar la influencia religiosa de las sepulturas.»

Al llegar aquí me entró tal sudor que tuve que sacar el pañuelo.

Aquello no podía decirlo *el Zamacoquis*; aquello no podía ser comedia: allí había un terrible misterio que yo casi tocaba con la mano.

La voz continuó.

«En cuanto á la mujer, conviene decirle lo de siempre: que es igual al hombre; que no debe estar sujeta á su padre ni á su marido y que debe arrancar de su corazón los sentimientos religiosos y convertirse en una especie de amazona, defensora de toda clase de libertades.»

«En fin, señores; hasta ahora la sociedad ha estado envuelta en muchos lazos, y es preciso romperlos. Acabemos ya con todas esas preocupaciones que se llaman religion, virtud, pudor, santidad. No hay mejor religion que la de la *naturaleza*, ni santidad mejor que la del placer.»

«El cristianismo ha tenido durante muchos siglos aplastadas estas doctrinas. Pues bien, hay que aplastarle ahora á él para rehabilitar la carne, fundando otra vez la gran religion de la *humanidad*.»

«Señores, lo dicho: abajo Cristo y viva Satanás.»

Al oír esta blasfemia acabé de comprenderlo todo; y sintiendo que me desmayaba traté de agarrarme á algo; pero tuve la desgracia de agarrarme á un velador cargado de objetos de porcelana y ¡pataplum! allá fuimos el velador y yo patas arriba con un estrépito infernal.

—¿Qué es esto?—exclamó la Marquesa entrando en el gabinete.

Mas en aquel momento ya nada oí porque perdí el sentido.

Cuando volví de mi síncope me encontré rodeado de varias personas, entre otras el señor Marqués que me sonreía bondadosamente.

—Señor Marqués,—exclamé hirguiéndome de repente y con los ojos espantados—¿de donde viene usted?

—Del teatro Lara.

—¿De oír al *Zamacoquis*?

—No: de celebrar una conferencia con ciertos amigos porque hoy no había funcion.

—¡Horror!—exclamé dando un salto; y arrojando el rosario á la cara del Marqués, mientras corría como un gamo hácia la escalera.

Al verme correr los falderos de la Marquesa, que eran lo menos tres, echaron ladrando tras de mí; los criados salieron alarmados y hasta el Marqués en persona corrió llamándome á gritos; pero ¡que si quieres! cinco minutos despues estaba yo en la Estacion del Mediodía y ocho horas más tarde me arrojaba en brazos del tío Bartolo exclamando hecho un mar de lágrimas:

—¡Tío Bartolo de mi alma! tenía usted razon: que los masones son el diablo en persona!

—¿Pues qué pasa?

Entonces le conté todo lo ocurrido: mi estupidez en creer al Marqués; mi tentacion de hacerme mason y el medio que me había deparado la Providencia para que conociese las diabólicas intenciones de la secta, de la que el Marqués era uno de los corifeos.

—¿No te lo decía yo?—exclamó el tío Bartolo—¿Quién te mete en camisa de once varas? ¿No habías oído al señor cura decir mil veces que la masonería está condenada por la Iglesia? Pues cuando la Iglesia condena una cosa todo cristiano debe huir de ella. Sábelo para siempre: la masonería es la religion del diablo; hasta ahora sus designios estaban ocultos; pero hoy ha arrojado ya la máscara, y está obrando á la luz del día.

Ahí tienes sus periódicos, ahí tienes sus libros, ahí tienes sus circulares: lee la última que ha publicado hace bien pocos dias el *Gran Oriente* de Italia en un periódico de Palermo titulado «El Arco», y verás como en ella dice todo lo que tú has oído decir por el teléfono. ¡Infeliz! da gracias al cielo de que por el hilo de ese teléfono te haya librado Dios de la *humanidad* de ese Marqués y del anzuelo de esa secta que se ha propuesto entronizar en el mundo el reinado de Lucifer.

Desde ese dia, caro lector, hago la cruz á todo el que me habla de *humanidad* porque no confío en más humanidad que en la de Ntro. Señor Jesucristo.

A. G. y G.

HISTORIA SAGRADA.

59. Entrada triunfante de Jesús en Jerusalem.

Al dia siguiente se dirigió Jesús á Jerusalem. Habiendo llegado al pie del

monte Olivete, dijo á dos discípulos suyos: «Id á Betsaje y luego al entrar en el lugar hallareis atado un jumentillo; desatadle y traédmele aquí; si alguien os pregunta: ¿Por qué lo desatais? respondedle que el Señor lo ha menester.» Los dos discípulos se fueron y lo encontraron todo como Jesús les había dicho. Trajeron el jumentillo á Jesús: y habiéndole aparejado con sus vestidos, le sentaron encima. Cuando el Salvador se puso en marcha le acompañaba una gran muchedumbre de gentes, habiendo muchos de ellos, que tenían sus ropas por el camino que Jesús llevaba. Otros cortaban ramos de árboles y cubrían con ellos la vía. Tanto las gentes que iban delante, como las que venían detras gritaban llenas de júbilo diciendo: «¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito él que viene en nombre del Señor!»

Entre la multitud del pueblo que iba engrosándose cada vez más, había tambien algunos Fariseos, los cuales llenos de cólera por los aplausos y aclamaciones que oían, dijeron á Jesús: «Maestro, manda callar á tus discípulos.» Pero Jesús les replicó: «Os digo que si estos callan, las piedras mismas gritarán.»

Jesús prosiguió su camino hácia Jerusalem, mientras que por todas partes resonaban vítores y alabanzas. Cuando al descender del monte Olivete vió la ciudad, derramó lágrimas y dijo lamentándose: «¡Oh Jerusalem! Si tú conocieras al menos en este dia lo que te es dado para traerte la paz! Mas todo está escondido ahora á tus ojos. Vendrán dias en que tus enemigos te cercarán con trincheras, te embestirán, arrasarán tus muros, exterminarán á tus hijos y no dejarán piedra sobre piedra!»

Al llegar Jesús á Jerusalem se fué en seguida al templo. De toda parte se le presentaban enfermos, ciegos, paráliticos, cojos y á todos los curó. Los niños de nuevo le aclamaban, diciendo: «¡Hosanna al Hijo de David!» Los Principes de los sacerdotes y los Fariseos se indignaron con ésto y dijeron á Jesús: «¿Oyes lo que dicen éstos?» Contestóles Jesús: «¡Sí, por cierto! ¿Nunca leísteis lo que está escrito: que de la boca de los niños y de las criaturas que maman sacaste perfecta alabanza?»

L. C. Businger.

VARIEDADES

UN RECUERDO

A LOS PP. MISIONEROS CAPUCHINOS

Oda.

Admira el mundo las guerreras glorias
De Alejandro y de César: á sus frentes
Ciñe el laurel de belicas victorias,
Y carta el mundo aunque temblando vea,
Que el laurel aun gotea
La sangre que vertieren á torrentes.
Y fué Napoleon: de Oriente á Ocaso
Tremoló sus banderas;
Temblaron las naciones á su paso,
La tierra estremeci6 del Nilo al Sena.
De sus legiones fieras
En sangre enrojeadas las espadas

De Vagram, Ansterlitz, Marengo y Jena
 Escribieron sangrientas las jornadas.
 Donde quiera que el hombre audaz tremóla
 De esterminio y ruina sus pendones,
 Su nombre, con la espléndida aureola
 De la gloria, rodea las naciones.
 Y no solo al guerrero, al sabio admira;
 Y Newton y Pascal y Galileo.....
 Vuestra gloria al poeta himnos inspira,
 Vuestros nombres en oro escritos, leo.
 ¿Por qué, pues, ese mundo que prodiga
 De la gloria los bellos esplendores
 Quizá á sus opresores,
 Quizá al que, por mas fuerte, le castiga:
 Tal vez, al que el talento
 En mancillar á la verdad emplea,
 Al que lanza quizá el rayo violento
 De pavorosa y destructora idea;
 Por qué no admira la virtud sublime,
 Ni el mas noble heroísmo
 Del que su huella bienhechora imprime
 Sembrando por doquiera paz y calma:
 Del que aspira del mártir á la palma,
 Del héroe del divino cristianismo?
 Ved al santo y humilde misionero
 Sin armadas legiones;
 Es el libro de Dios su noble acero,
 Un sayal y una Cruz son sus pendones;
 Y con ellos se lanza
 Del desierto á las vastas soledades,
 Y no tiembla si avanza
 Del mar entre las rudas tempestades.
 Y del árabe pisa los aduares
 Y corre á los desiertos africanos;
 Arrostra de Oceania los manglares,
 Y los bosques traspasa americanos.
 Una divina luz sus pasos guía,
 Una idea de Dios le anima solo;
 Va por ella de un polo al otro polo,
 De donde nace adonde muere el día.
 Mas no va á conquistar aquí en la tierra,
 Entre rios de sangre una corona;
 No va á encender la guerra
 Desde la fría á la abrasada zona
 Va, humanidad impia,
 No á gozar de tus bienes terrenales:
 Va á servirte de guía
 Para abrirte las puertas celestiales.
 Y la humanidad necia
 A los héroes de Dios audaz desprecia;
 Del que conquista al hombre
 El celestial imperio,
 No sabe el mundo ni siquiera el nombre,
 Y su virtud para él es un misterio.
 ¡Canta, mundo falaz, tus héroes canta!
 Enaltece á tus sabios;
 No caigan de tus labios
 Los himnos á tus mil conquistadores
 Que entre esterminio, ruinas y dolores
 Tu frente hollaron con su dura planta.
 Pero sabe que al pobre misionero
 Le guarda Dios en la celeste altura
 Un imperio jamas perecedero,
 Goces celestes de eternal dulzura,
 Una corona de esplendente gloria
 Y hermosa palma de inmortal victoria.

José de Scals Rovira.

Jijona 22 Febrero 1887.

DESINTERÉS HERÓICO.

Si desgraciadamente se nos presentan todos los días algunos ejemplos de caídas y de defecciones religiosas, podemos consolarlos con otros no menos frecuentes de firmeza y de valor cristiano.

Una humilde y honrada familia de Colonia, compuesta del padre, la madre y un cierto número de hijos, había llegado á causa de las conmociones políticas á la más espantosa miseria; no había ni un solo recurso por agotar, ni un resorte que hubiera dejado de tocarse. Un día entre otros muchos, se hallaban en una desolacion extrema: el corazón de los buenos padres se desgarraba al oír á los hijos pedir un pedazo de pan que no podían darles. En este día, pues, oyeron dar golpes en la puerta de la casa, abrieron y entró un caballero, el cual despues de preguntar si era aquella la habitacion de la familia X... y obtenida la respuesta afirmativa, pidió hablar con el jefe de la casa.

—Héme aquí,—dijo el padre, que había ido á abrir precisamente; y rogó que entrase el desconocido.

—Vengo—dijo este,—á manifestaros, que personas bienhechoras, habiendo sabido la deplorable situacion en que os hallais vos y vuestra familia, han pensado en hacer algo para aliviar vuestra desgracia; en prueba de ello recibid estos doscientos cincuenta francos que empleareis inmediatamente en las primeras necesidades de la casa.

Facil es comprender el asombro y la dicha del buen padre viéndose de pronto dueño de tal suma, él que algunos minutos antes no tenia la más pequeña moneda. No encontraba palabras para mostrar su reconocimiento. Repuesto un poco de su sorpresa quiso dar las gracias, y el desconocido respondió:

—Guardad vuestro reconocimiento para Dios, de quien vienen todas las cosas; y se retiró.

La pobre familia parecía haber vuelto de la muerte á la vida.

Al día siguiente vieron llegar al mismo caballero: recibiósele como el ángel tutelar de la casa, y no hubo demostracion de afecto y cariño que no recibiese de aquella familia reconocida.

—Amigos míos,—les dijo,—sentaos. Vengo de parte de la persona que me envió ayer á deciros que continuará aliviando vuestra desgracia: sólo pide de vosotros una cosa.

—Hablad,—gritaron á un tiempo el padre y la madre,—y plegue á Dios que podamos complacer á quien ha vuelto la vida á nosotros y á nuestros hijos.

—Pues bien, os desea ver á vosotros y á vuestros hijos en el camino del cielo; no se os exige más que la asistencia al lugar en donde se predica el Evangelio puro de Jesucristo, en donde se enseña á servir al Señor en espíritu y verdad.

—¡Ah!—gritaron con horror los dos esposos.—¡Nosotros en la capilla protestan-

te! ¡Nosotros y nuestros hijos apóstatas Y diciendo estas palabras el padre se levanta, toma una cajita, saca las monedas que había recibido, y las vuelve al desconocido con firmeza cristiana.

—Caballero,—le dice,—tomad vuestro dinero. Yo no vendo mi alma, ni la de mi esposa, ni la de mis hijos. Siento no poderos devolver la suma entera. Faltan cinco francos. pero estad seguro que no los perdereis. Salud, y Dios os bendiga.

Estas cortas frases fueron pronunciadas con tal firmeza de voz y tal dignidad de expresion, que el seductor puso su dinero en el bolsillo y salió sin decir una palabra.

¿No es un acto heróico de valor cristiano, digno de ser puesto para ejemplo?

(De La Viérge),

CANTARES

Tú merecias que Dios,
 Por su Providencia justa,
 No te dejara llegar
 A la edad de que te burlas.

Espera de tus hijos
 Al ser tú viejo,
 Lo mismo que á tus padres
 Hubieres hecho;
 Porque ésta deuda
 Los hijos dejan siempre
 Bien satisfecha.

MÁXIMAS

El hombre no miraría mal á sus semejantes si se mirara bien á sí mismo.

El alma se engrandece y purifica en el crisol de los padecimientos llevados con resignacion cristiana.

Baldomero García.

LA LECTURA POPULAR.

Esta publicacion tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripcion se hace por acciones medias, cuartos y octavos de accion.

Cada accion da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caserios, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRICION DIRECTA

Una accion. 4 ptas. mensuales.
 Media 2 » »
 Un cuarto id. 1 » »
 Un octavo id. 30 cénts.

Por medio de corresponsal 25 cénts. de peseta más por accion.

Se suscribe en la direccion de este periódico BELLOT, 3, ORIHUELA. En Madrid en la de la Semana Católica, Villanueva, 6 bajo; y en Cuba, «La Historias», Remedios.